

Mafalda: historia social y política

Cosse, Isabella (2014)

Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 313 pp.

Alejandra Josiowicz

En el marco de una serie de trabajos relativamente recientes que, desde diversos ángulos disciplinares (sea desde la historia social y cultural, la sociología de la cultura o los estudios culturales) han venido investigando las transformaciones de las relaciones familiares, de los roles de género y de las concepciones sobre la infancia y la juventud en las décadas de 1960 y 1970, se sitúa *Mafalda: historia social y política* de Isabella Cosse, quien ya era una autora reconocida en este campo de estudios. El texto realiza un abordaje original de *Mafalda*, una de las manifestaciones culturales más icónicas y paradigmáticas de los años sesenta y setenta en Argentina, en sus distintos soportes materiales y discursivos -desde su aparición en publicaciones periódicas, diarios y revistas, y ediciones en formato libro en Argentina, hasta su edición, publicación y circulación en Europa y América Latina, pasando por su adaptación a filme animado, su producción en forma de juguete y, más tarde, la colocación de su estatua-, buscando dar cuenta de la complejidad de su aparato signifiante y de los modos por los cuales ha venido interpelando durante décadas al público lector.

El libro se posiciona en la tradición de estudios de la historia social que conciben a la cultura no solo como un modo por el cual son representados avatares del contexto sociopolítico, sino además como una instancia -contradictoria, tensionada y con múltiples mediaciones- que interviene activa y productivamente en la creación de sentidos sociales, los que varían de acuerdo a los distintos públicos a los que atraen. Por otro lado, se propone contribuir con las investigaciones sobre la clase media como una construcción histórico-cultural contingente, para brindar complejidad a cualquier visión maniquea.

Pero además, uno de los aportes más relevantes del libro es la articulación dinámica de concepciones familiares, generacionales y de género con lo político e ideológico como dimensiones de lo social. Así, la obra revela cómo *Mafalda* hizo de lo cotidiano, doméstico y barrial un escenario marcado por sentidos de orden histórico. Es justamente en el análisis de cómo la historieta sobre una niña intelectual encarnó tensiones y contradicciones, ideas sobre la infancia y la juventud, la paternidad y la maternidad centrales a la identidad de la clase media, y del modo en cómo intervino en los debates en una sociedad en pleno proceso de modernización económica y sociocultural, que está el punto más fuerte del libro. El texto no solo contextualiza la producción y circulación de *Mafalda* y su relación con el clima sociopolítico de las décadas de 1960 y 1970, sino que además rastrea los

debates, críticas y apropiaciones que despertó, dada la polarización y radicalización política de la época, y el modo en que continuó interpelando a públicos socialmente variados a través de su circulación a nivel nacional y transnacional en distintas coyunturas sociales y políticas: bajo el terrorismo de Estado, en el retorno a la democracia y ante el ascenso del neoliberalismo a escala internacional.

Como mencioné, el núcleo del libro apunta al modo en que la tira dialogó con las transformaciones en los modelos familiares: con el surgimiento de confrontaciones entre padres e hijos, con los nuevos modos de entender la condición femenina y la figura paterna y ante la nueva centralidad que adquirieron los niños. Mafalda, niña y mujer intelectual, aparece como catalizadora de una serie de tensiones generacionales y de género, dado que rompe con la docilidad tradicionalmente asociada a la figura femenina y acompaña las redefiniciones de la infancia que tuvieron lugar en los años sesenta y setenta. Pero el énfasis no recae tanto en Mafalda como niña -lo infantil queda asociado sobretudo al sentimiento de ternura que se confronta con la madurez intelectual del personaje-, sino, en mayor medida, en el rol decisivo que ocupó la juventud como actor social, político y cultural, y en la reestructuración de los roles de género.

La historieta hizo viable una crítica al ideal de mujer doméstica, maternal -con lo que dio cuenta del conflicto entre madres e hijas ante la emergencia de la imagen de mujer modernizada, universitaria e independiente- y puso en escena la actualización de la figura paterna, que se distancia de la violencia física y adquiere mayor compromiso y proximidad afectiva. Pero además de los cambios en los roles familiares, *Mafalda* revela las frustraciones, ansiedades y limitaciones de las clases medias ante la imposibilidad de acceder a los aspirados niveles de consumo y ascenso social. A través de estas múltiples perspectivas, la historieta aparece en toda su polisemia, es decir, no como transmisora de un sentido unívoco, sino de un humor abierto, una reflexión irónica y sarcástica, que interpela al lector como aquel que puede asignarle sentidos diversos. En sus páginas, Cosse lee tanto referencias a la coyuntura sociopolítica argentina como a los dilemas de la clase media intelectual, progresista y tercermundista que supera los límites de lo nacional.

Por otro lado, el libro señala la relación entre el mercado y el campo cultural para dar cuenta de los discursos y las prácticas ligadas a la clase media en dichas décadas. Se trata de un punto fundamental que, en lo relativo a la relación con la industria cultural, puede abrir nuevas preguntas a ser desarrolladas: ¿Cuál fue el papel de la industria cultural y de unos medios de comunicación cada vez más modernizados -ligados a distintos tipos de productores culturales, escritores, intelectuales, músicos y humoristas- para entender las dinámicas sociales, ideológicas y políticas de la época? ¿A partir de qué operaciones los medios de comunicación de masas reabsorbieron una cultura que se pensó como crítica, e incluso revolucionaria, en su origen?

Mafalda: historia social y política está dividido en una introducción, cinco capítulos y una conclusión. El capítulo uno reconstruye históricamente el proceso de producción y circulación de la tira durante los primeros cinco años de su publicación. *Mafalda* aparece como puesta en escena de las ambigüedades, tensiones y contradicciones de la clase media frente a la debilidad del régimen democrático, el proceso de modernización social, la emergencia del autoritarismo y los movimientos de contestación cultural. A lo largo de la historia de la tira, la incorporación de los distintos personajes y espacios son analizadas como portadores de sentidos sociales específicos: Manolito, parodia del mundo empresarial y constituye una actualización del estereotipo anacrónico del inmigrante; Susanita, figura de la niña maternal, resistente a la redefinición de las relaciones familiares; Guille, escenificación de la confrontación con las nuevas generaciones y Libertad, vocera de las consignas feministas y de la emergencia de las mujeres universitarias e intelectuales. *Mafalda*, por su lado, vehiculiza la posición tercermundista de la clase media progresista e intelectual y pone en escena el nuevo lugar de las mujeres en la militancia y la política. Los espacios del barrio y de la escuela, insertos en la urbe masiva y moderna, ofrecen la posibilidad de narrar el universo autocontenido de las clases medias, sin por eso dejar de dar cuenta de sus limitaciones. De este modo, *Mafalda* escenifica una visión coral de dicha clase, que articula lo político y lo cultural, y corroe la imagen de una sociedad integrada e igualitaria, señalando los límites del progresismo y la hipocresía dada por la persistencia del racismo y las resistencias ante lo popular. Además, la historieta se erige en bastión antidictatorial, señalando la contradicción entre los principios democráticos y las reglas del juego político en la Argentina de la época.

El segundo capítulo abarca el período entre 1968 y 1976 cuando, dada la radicalización política, la represión y la violencia imperantes en la sociedad argentina, la historieta fue disputada por actores con distintas inscripciones político-ideológicas. Cosse entrelaza de modo agudo las coordenadas políticas con las visiones en conflicto de la vida familiar, los nuevos paradigmas de crianza y la contestación cultural emprendida por las nuevas generaciones. Por otro lado, repone las críticas formuladas a *Mafalda* en la época por su limitado alcance revolucionario y su moderado compromiso político. El capítulo argumenta que la historieta transmitía una imagen heterogénea de la clase media atravesada por oposiciones culturales e ideológicas en la cual las diferencias apuntaban a un horizonte de reconciliación. Esto le sirve para explicar luego que, ante una realidad altamente polarizada y escindida, Quino haya optado por discontinuarla en 1973.

El capítulo 3 investiga la trayectoria transnacional de la tira, favorecida por el establecimiento de redes informales y pequeños emprendimientos que ayudaron a expandir el alcance de determinadas producciones culturales, así como por la creciente valorización de los países periféricos y la impugnación de las políticas de Europa y los Estados Unidos. Esta historieta, dado su origen latinoamericano, se tornó un ícono de las proyecciones utópicas de los círculos progresistas e intelectuales del público europeo, proceso que fue impulsado aún más por los exilios latinoamericanos. El capítulo rastrea la edición, lectura y circulación de

Mafalda en Italia, España y México, a lo que contribuyó el carácter global de los dilemas y conflictos de las clases medias -la clave generacional, la conexión entre lo cotidiano y lo político- y las múltiples apropiaciones por parte del público latinoamericano y europeo.

El cuarto capítulo analiza cómo, en el marco del terrorismo de Estado, la instalación del régimen militar y la posterior restauración democrática, *Mafalda* quedó envuelta en el horror dictatorial y comprometida con la defensa de la democracia. A pesar de no haber sido censurada en la Argentina, la tira se erigió en un emblema antiautoritario signado por el humor, en el que subsistían marcas estéticas y políticas de los años sesenta y setenta, y en donde se cifraban experiencias personales y colectivas de varias generaciones.

Con el retorno de la democracia, recibió una consagración inédita, dada su identificación con los jóvenes contestatarios de 1960, con la defensa de los principios democráticos y de los derechos humanos. En ese sentido, funcionó como instrumento para exorcizar el pasado dictatorial y elaborar las fracturas de la sociedad argentina, símbolo de un renovado compromiso político y de un ideario utópico en lo social.

El capítulo cinco analiza la circulación de *Mafalda* entre fines de 1980 y 2010 como instancia de la creación social y cultural de un mito que encarnó elementos significativos para la identidad y las condiciones materiales de la clase media en diferentes países. La tira se erigió en referente del legado de cambio radical y resistencia que caracterizaba a la generación de 1968, de tal modo que anudaba lo personal e íntimo con lo político y colectivo. *Mafalda* ayudó a revivir, en clave nostálgica, una sensibilidad derrotada por los discursos pragmáticos e individualistas y por los planes del capitalismo avanzado. En este contexto, se convirtió en embajadora de Cuba, situada en el campo del socialismo y fue un símbolo de una clase media fracturada por las crisis económicas y las divisiones irreconciliables.

La conclusión enfatiza el hecho de que *Mafalda* partió de materiales sociales novedosos, propios de una coyuntura histórica determinada, a través de los cuales hizo visible la experiencia sociocultural de la clase media, dio cuenta de la heterogeneidad, las contradicciones y conflictos ideológicos y culturales al interior de dicha clase y enlazó la coyuntura argentina con la transnacional, mediante el recurso de un horizonte democrático más abarcador. También puso en escena dilemas sociales, generacionales y de género propios de las sociedades occidentales de las décadas de 1960 y 1970 -la modernización, la emergencia de la juventud, del feminismo y del tercermundismo- con reverberaciones en el período posterior, por lo que continuó interpelando a amplios sectores sociopolíticos.

Mafalda: historia social y política realiza una contribución significativa al análisis de formas y representaciones del campo cultural que, por estar íntimamente conectadas e insertas en la sociedad, interrogan de modo particularmente intenso

a públicos amplios, y que son al mismo tiempo capaces de cifrar experiencias significativas y de erigirse en símbolos de una época.